

Fué el más hábil, el más sugestivo y el más perspicaz de los descriptivos ó, por mejor decir, de los paisajistas.

Tenia de quien aprender, pues vivía en una época en que la descripción tenía ya sus maestros, sin remontarse más allá de Juan Jacobo, cuya influencia directa sufrió Chateaubriand, porque lo que á primera vista halló y le sedujo en el Nuevo Mundo, antes de embarcarse; no fué precisamente la aplicación de las teorías de Rousseau, la vida salvaje, la realización concreta de los sueños del paseante solitario, la experiencia de aquella existencia, próxima al estado de naturaleza y que daba á Voltaire ganas de andar en cuatro patas?

La lectura de Bernardino de Saint-Pierre le había preparado á sentir y á gustar el encanto de las regiones exóticas, á percibir todo lo pintoresco de las mismas para expresarlo é imitarlo. En cuanto á la forma que convenía dar á la amplia materia que iban á suministrarle los bosques del Nuevo Mundo, podía aprender, en cuanto á la abundancia y la ingeniosidad, en la escuela de Delille, — y pretender que no estudió nunca en ella sería olvidar que Chateaubriand nos presenta también en *los Natchez* « el tubo inflamado y coronado por la espada de Bayona ».

No fué la ingeniosidad lo que le faltó, con frecuencia pecó por exceso de ella; merced á una singularidad muy de acuerdo con su deseo de parecer, no detestaba las expresiones nuevas imprevisas ó atrevidas, hasta en sus páginas más cuidadas, como en su noche en la abadía de Westminster: « Dominado por el sentimiento de la vastedad sombría de las iglesias cristianas, erraba con lento paso y me anochecía. »

En la *Vida de Rancé* es donde se podrían hallar en mayor número estos atrevimientos de pluma que á veces hacen violencia al buen gusto, y maravillan por parte de un escritor que describió de un modo encantador « los rayos de color gris perla de la luna » que va bajando « por la cima indeterminada de los bosques » y « las soledades desmesuradas » del desierto.

Estos extravíos son fáciles de explicar por la facultad que dominó siempre en él y que tendía á revestir toda idea de una forma material y concreta. Hugo es, tal vez, el que ha empleado mayor número de comparaciones. La ciencia moderna reparte los ingenios en diferentes clases; según que se sienten más interesados ó atraídos por los sonidos ó por las imágenes, se dividen en *auditivos* ó en *intuitivos*. Chateaubriand no es un auditivo. Estudió el *Genio del Cristianismo*, y Guinguené pudo reprocharle con justicia el haber olvidado casi la música religiosa. No conoció ni el *Miserere* de Palestrina, ni los *Salmos* de Marcello, ni el *Stabat* de Pergolese, ni siquiera el *Requiem* de Mozart.

Pero en cambio; qué vista tan poderosa! ¡Qué acuidad en sus miradas fijas en el universo! ¡Qué nitidez en las visiones interiores que

forma su imaginación y que describe su pluma como copiadas del natural!

Su mirada es tan penetrante como su imaginación. Hay la misma verdad en lo que imita y en lo que inventa. La idea se presenta á su vista en forma de imagen, de dibujo, á veces algo violento ó cargado; pero siempre es eminentemente descriptivo, hasta el punto de que Bernardino de Saint-Pierre se sentía como picado y decía con cierto rencorcillo: « Yo no tengo más que un pincelito, mientras que el Sr. de Chateaubriand tiene una brocha. »

La imaginación perjudica á veces al corazón. Á despecho de las apariencias y de la reputación adquirida, Chateaubriand ve más de lo que siente. Su fe inquietaba á los ortodoxos que jamás contaron gran cosa con el *Genio del Cristianismo*. Amó sobre todo en la religión los motivos pintorescos y el puesto que en ella ocupa el arte.

De todas las religiones que han existido en el mundo, la cristiana es la más poética, la más humana, las más favorable á la libertad, á las artes y á las letras; el mundo moderno se lo debe todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas, desde los hospicios para los desgraciados hasta los templos edificadas por Miguel Ángel y decorados por Rafael. No hay nada más divino que su moral, nada más amable ni pomposo que sus dogmas, su doctrina y su culto; favorece el genio, depura el gusto, desarrolla las pasiones virtuosas, da vigor al pensamiento, ofrece formas nobles al escritor y moldes perfectos al artista.

Siente tal necesidad de verlo todo por el lado exterior y sensible, que materializa lo invisible é introduce en el sentimiento religioso el germen altamente disidente de lo maravilloso. Su piedad no resiste al atractivo de las descripciones soñadas y no tarda en caer en el diletantismo.

Su reino es el mundo sensible, sobre el que ejerce más dominio y en el que tiene mucho más acierto que en el mundo moral. Sus retratos son ordinarios; su psicología echa mano del auxilio de las cosas exteriores, cuya intrusión le quita vigor. Hacen falta á los amores de sus héroes los vientos impetuosos y el fragor del trueno, « que silba al extinguirse en las aguas ». Y todo este ruido no nos conmueve tanto como esta frase dicha á media voz por Pablo á Virginia: « ¡ Partis dentro de tres días, señorita! »

Tiene la obsesión de la imagen y de lo pintoresco; la idea en él tiene su verdadero sentido etimológico, el de un cuadro; introduce el paisaje hasta en la crítica literaria, pues dice, cuando habla del comentario de Voltaire á los *Pensamientos* de Pascal: « Cree uno ver las ruinas de Palmira, restos soberbios del genio y del tiempo, á cuyo pie ha edificado el árabe del desierto su choza miserable. »

En cuanto á la tesis, es elocuente aunque carece de fuerza y de penetración. Massillon tenía esa misma dulzura y armonía; pero era sacerdote y su fe era profunda. Aun así se le echaba en cara el haber pensado ante todo en poner almohadones bajo las rodillas de los penitentes. La defensa religiosa de Chateaubriand se resuelve en disertaciones literarias y artísticas y en una disputa acerca de lo maravilloso. Despréndese de ella un rejuvenecimiento de las almas y de las imaginaciones. La emprende con Voltaire y con el siglo XVIII para refutar las doctrinas racionalistas; o pone la Escritura á la teoría del progreso y de la perfectibilidad; pero donde ostenta concepciones nuevas y vigorosas es principalmente en arte y en literatura. Asienta el principio del arte personal, de donde ha salido todo el romanticismo; analiza y demuestra el romanticismo de los clásicos y no puede exaltar á los cristianos de un modo tan exclusivo que no recaiga sobre la belleza antigua de las obras maestras griegas el homenaje de su admiración de artista y literato. « ¡Qué haga su oficio y nos encante! », decía Joubert. Así lo ha hecho.

Escribió *los Mártires* para aplicar los principios sentados en el *Genio del Cristianismo*, para demostrar cuánto más favorable es á la epopeya la religión cristiana que la pagana, y cuánta mayor gracia tiene lo maravilloso cristiano que la mitología. Ocurriósele esta idea en Roma, en aquella vieja Roma que no era la ciudad modernizada y que parecía aún alzarse de la tumba donde yacía sepultada.

Bajo la triste impresión de la muerte de su amiga Mad. de Beaumont, concibió el plan de su obra. En su viaje á Oriente había reunido impresiones y documentos. Trabajó mucho, hizo y rehizo cien veces su obra, consultó á todos sus amigos, á Fontanes, á Joubert, á Bertin, á Guéneau de Mussy, á Chênedollé, á Molé y á Boissonade. Apareció el libro en 1809 y su éxito fué algo discutido. Gustó poco lo maravilloso cristiano, cuyo carácter ficticio aparecía más á las claras, porque ni el autor ni el público tenían la fe robusta que acogía las maravillas de Homero, de Virgilio ó de *Rolando*. Su infierno y su paraíso se parecen bastante á un almacén de máquinas; sus pinturas, demasiado recargadas, son frías y confusas. Á pesar de la magia del estilo se echa de menos el ritmo de la poesía. La decoración es muy superior á la psicología de los personajes. Pero; cuán pronto se olvidan los defectos de la obra para sentir la seducción de sus bellezas!

La fábula es sencilla.

Es la historia de los amores infortunados de Eudoro y de Cimodocea, contrariados por los feroces celos de un rival poderoso, Hierocles, procónsul de Acaya y favorito de Galerio. La escena cambia de lugar siguiendo las huellas del itinerario de París á Jerusalén. En primer término se desarrolla en Mesenia, donde habitan Eudoro, hijo de Las-

tenes, y la hermosa Cimodocea, hija de Demodoco, homérica y sacerdote de Homero y el procónsul Hierocles que la ama en vano.

Eudoro es cristiano y Cimodocea ha prometido convertirse. Van á desposarse en Lacedemonia, donde los soldados de Hierocles aprisionan á Eudoro y le llevan á Roma, mientras Cimodocea huye á Jerusalén, donde recibe el bautismo en las aguas del Jordán.

Eudoro defiende á los cristianos ante el tribunal de Diocleciano, que ordena la décima persecución. Abdica poco después y llega Galerio á la cumbre del poder. Su protegido Hierocles hace encarcelar á su rival Eudoro. En cuanto á Cimodocea, arrójala una tempestad á las costas de Italia, donde es aprisionada por orden de Hierocles y conducida á Roma. Eudoro y Cimodocea se vuelven á encontrar en el circo donde los cristianos han de ser devorados por las fieras. Ambos jóvenes reciben juntos la palma del martirio!

No puede darse nada más gracioso que la blanca aparición de Cimodocea envuelta en sus velos, al volver de las fiestas de Diana; sus negros cabellos semejaban á la flor del jacinto, y su talle á la palmera de Delos. La familia de Lastenes, el relato de Eudoro en la isla del Alfeo, junto á la fuente Arétusa; las teorías ó procesiones, el barco de Delos cubierto de flores, de flámulas y de estatuas de Dioses; Roma y sus monumentos, sus acueductos, sus horizontes, sus obeliscos llevados de Egipto y sus tumbas arrancadas á Grecia; los jóvenes napolitanos que llevan rosas de Pesto en jarrones de Nola; el sepulcro de Escipión Africano; las Galias; los brumosos horizontes de Germania; los francos vestidos de pieles de oso, de uro, de vaca marina, y que entonan á gritos su canto de guerra (lo cual determinó la vocación de Agustín Thierry); el bosque druídico, y Veleda, la virgen de los ojos sombríos que llevaba una segur de oro colgada de su cinturón de bronce y cuya pintura reanima en Chateaubriand el fecundo recuerdo de su Bretaña: la literatura francesa no ha oído nunca prosa más hermosa que la de estas páginas llenas de fuego y de armonía.

Velaba yo cierta noche en una sala de armas, donde sólo se descubría el firmamento por las estrechas y largas saeteras abiertas en el espesor del muro. Algunos rayos estelares penetrando á través de aquellas aberturas hacían brillar las lanzas y las águilas puestas en orden á lo largo del muro. — No había yo encendido la antorcha y me paseaba en medio de las tinieblas.

De pronto, en una de las extremidades de la galería, blanqueó las sombras un pálido crepúsculo. Fué aumentando gradualmente la claridad y no tardé en ver aparecer á Veleda. — Llevaba en la mano una de esas lámparas romanas que penden de una cadenilla de oro. Sus rubios cabellos recogidos á

1. Seguramente se inspiró en la hermosa novela de Chateaubriand el polaco Stenkevitz en su famoso libro *Quo Vadis*, traducido en todas las lenguas y del que hay una traducción española hecha por mí. (N. del T.)

la griega en lo alto de su cabeza estaban adornados por una corona de ver-bena, planta sagrada entre los druidas. Llevaba por todo traje una túnica blanca.

Descolgué del muro un trofeo de picas y jabalinas que puse en el suelo y nos sentamos sobre aquel montón de armas enfrente de la lámpara. — ¿Sabes, me dijo entonces la joven bárbara que soy un hada?... ¿Dime, has oído la noche pasada el gemido de una fuente en los bosques y el lamento de la brisa en la hierba que crece en tu ventana? Pues bien, era yo quien suspiraba en esa fuente y en esa brisa! He observado que te gustaba el murmullo de los vientos... Pareces tenerme lástima... Pero si me juzgas loca, nadie tiene la culpa más que tú. — ¿Por qué has salvado á mi padre con tanta bondad? ¿Por qué me has tratado con tanta dulzura? Soy virgen, virgen de la isla del Sena. Ya guarde ó viole mis votos, moriré, y tú tendrás la culpa. — He aquí lo que quería decirte, adiós.

Todo el episodio de Velela enamorada de Eudoro es una maravilla de tacto, de color, de dibujo, de sentimiento y de música; jamás ha llegado tan lejos la dulzura de la lengua francesa. La admiración vacila entre tantos trozos perfectos, pulidos, magníficos por el tono y la elegancia: Atenas, Jerusalén, los valles de Mesenia, la tempestad del libro XIX, y la escena terrible de las fieras en el Circo.

Había despedazado el tigre el cuello de marfil de la hija de Homero que exhala su último suspiro. Sin esfuerzo y sin dolor, devuelve el cielo el soplo divino que apenas parecía existir en aquel cuerpo formado por las Gracias:

« Barcos ligeros de Ausonia, surcad el mar tranquilo y brillante, esclavos de Neptuno, abandonad las velas al amoroso soplo de los vientos, encorvaos sobre el ágil remo. Volvedme á llevar bajo la custodia de mi esposo y de mi padre á las afortunadas riberas del Pamiso. »

Villemain ha referido una curiosa velada efectuada en casa de la Sra. de Duras en su residencia campestre de Saint-Germain. La escena desarrollábase en la terraza; había allí diplomáticos, políticos, literatos, y entre ellos se hallaba Delfina Gay; versaba la conversación sobre los *Mártires*. Es el más lindo folletín hablado. Escuchemos fragmentos de la conversación, en la que se dijo todo.

El conde Capo d'Istria explicó que no se ha vuelto á encontrar el genio espontáneo de un Homero, pero que Chateaubriand llega á las cimas del arte.

« Cuando el invierno pasado, en mi soledad de Ginebra, releía sus descripciones de los valles de Mesenia, veía en su compañía los largos arroyuelos de flores que parecen trazar sus contornos y las frescas colinas que la defienden, creíame en mi patria, la sentía viva ante mis ojos y me decía tristemente con él: Esta patria del genio, de las artes y de la belleza es presa de los bárbaros.

« Pozzo di Borgo disertó agradablemente de un modo paradójico: « Lo que

predomina en la imaginación del autor de los *Mártires* es su gran poder de polemista. Esta epopeya nueva no es un canto bíblico, como la obra de Milton, ni una leyenda cristiana y caballeresca, como la *Jerusalén* del Taso, ni un poema nacional y contemporáneo, como *Os Lusíadas* de Camoens, ni una meditación religiosa y lírica, como la *Mesiada* de Klopstock. Es una obra del género compuesto y por lo tanto artificial, en que el autor imita cosas inimitables para nosotros y no resulta original sino cuando deja de ser en absoluto épico.

« De aquí las numerosas censuras y las fáciles bromas que suscitó en un principio el libro; de aquí esa frialdad que se hace sentir en muchos cantos y, hasta puede decirse, en el fondo mismo del asunto, por lo menos en las dos mitologías.

« No quiere decir esto seguramente que le faltasen al autor de los *Mártires* genio y estudio. Es más, tal vez los posee en grado excesivo; pero su primera educación fué muy distinta. El joven aprendiz de marina de Saint-Malo no había respirado desde su infancia ese perfume de antigüedad natural en el siglo XVII á todo hijo de familia educado para la iglesia. No habían penetrado su alma con sus gracias sublimes y sencillas Homero, Platón, Sófocles, ni la Escritura Santa y los Padres; no era esa la lengua que había hablado en un principio, como lengua de su fe y de su esperanza. La aprendió más tarde á costa de grandes esfuerzos. He aquí por qué esta corona del talento y del sistema del Sr. de Chateaubriand y esta obra que preparó, según os dice, con tantos viajes y trabajos, quedará en lo porvenir muy por debajo del *Telémaco*. »

Otro opinó: « Los *Mártires* llevan la marca de un siglo de decadencia. La imitación de la antigüedad llega en ellos hasta el rebuscamiento erudito; no es un eco involuntario del alma encantada. Es una obra de copia colocada en un marco para mayor efecto. Mezcla, en su industrioso mosaico tiempos, genios, y acentos los más diversos del mundo; despoja indiferentemente á Homero, á Estacio, á Virgilio ó á algún cronista bárbaro.

« De aquí resulta sin duda escasa unidad en la obra, mucho trabajo para el escritor y alguna fatiga para el lector; pero esto es una imperfección de los detalles recompensada con grandes bellezas de imaginación y de estilo. Si el autor imita con demasiada frecuencia, si su libro resulta un museo de imágenes antiguas, cuyo brillo parece disminuido por el amontonamiento, el plan mismo del poema puede dar lugar á objeciones más graves; en primer lugar tenemos dos anacronismos, cuando se trata de personajes conocidos y consagrados. Por ejemplo, San Agustín, nacido diez y siete años después de la muerte de Constantino, debía figurar á su lado como su compañero de estudio y de devaneos? ¿Era necesario este error de fechas para la expresión de los caracteres? ¿No es la misma vida de San Agustín más poética y más atractiva que semejante visión?

« Al admirar el arte del autor en reunir, ante nuestra vista, tantos incidentes, y testigos verdaderos del cristianismo ¿no se echa de menos algo en la elección misma del héroe y en el nudo de la acción? El penitente Eudoro no es más interesante que el piadoso Eneas. Su relato es elocuente sin duda; pero ¿qué hace el mismo en él desenlace del drama? Arrastra consigo, encadena á su suplicio y envuelve en su sudario á la pura y encantadora sacerdotisa de las musas; á la joven que el poeta había escogido para representar en ella la gracia y el pudor mismo del genio profano. De aquí sin duda

la penosa emoción del fin. Cualquiera que sea el precio de la celeste bienaventuranza, no nos agrada que sean los sufrimientos del martirio el regalo nupcial que hace la fuerza á la debilidad y que el guerrero animoso hace participar á la virgen tierna y resignada.

« Ni siquiera hay que exagerar el martirio : lo horrible no es lo patético. Ese cuello de marfil de la hija de Homero, desgarrado por los sangrientos colmillos del tigre me hiela de espanto y no me deja ni admiración ni piedad para el atleta cristiano cuyo ejemplo exige el sacrificio de tan frágil víctima. »

Entonces tomó la palabra la Sra. de Duras : « Dejemos á un lado, os ruego, vuestros eruditos dimes y diretes. ¿ Para qué sirve el gusto de la antigüedad si nos impide sentir tantas bellas cosas imitadas de ella? Prefiero ser ignorante si hay que serlo para entusiasmarme como me entusiasmo con ese delicioso prólogo de los *Mártires*, con ese encuentro de la joven sacerdotisa homérica con el guerrero cristiano. Esto me encanta como esos primeros cantos de la *Odisea* que había traducido Fenelon para prepararse á su *Telemaco*. Pero lo que sigue me encanta más aún; quiero decir, aquella vida cristiana de los primeros tiempos pintada por vez primera por un poeta. ¡ Aquí todo es antiguo y nuevo! Es la tradición hallada nuevamente por el genio. »

« ¿ Quién no ha leído, en el abate Fleury, las *Costumbres* de los israelitas y de los cristianos? Pero ¿ dónde sería posible encontrar, antes de la aparición de los *Mártires*, esa familia santa y encantadora de Lastenes, ese día de los segadores cristianos, esa visita del obispo Cirilo á la mesa hospitalaria á donde acuden á sentarse el anciano pontífice pagano y su hija? ¡ Qué retorno sobre el pasado sigue á aquel exordio tan lleno de atracción del poema! ¡ Qué variedad! ¡ Qué grandeza en los relatos de Eudoro! ¡ Qué revista del mundo pagano próximo á acabar! Roma, Germania, la batalla de los francos, la Galia, nuestra querida Bretaña, muy digna de ser celebrada en medio de sus brezales y de sus antigüedades salvajes por la seductora palabra que debía algún día ilustrar á sus héroes de aldea y unir á ellos la gloria del genio. »

« Dejo de lado lo que da lugar á escrúpulos ó críticas; el cielo, el infierno y Veleda. Teméis lo maravilloso en la religión y ya no os gusta en la poesía. Sobrellevad á lo menos la grandeza en la historia, á Diocleciano en Egipto. ¡ Qué pintura la de ese Egipto griego y romano, con sus monumentos de una antigüedad muy anterior á Grecia! No voy ahora á concluir ese elogio; pero pido á los más hábiles en la política, en las armas y en la vida de la corte que nos digan lo que hay que pensar acerca de las últimas pinturas de la obra de Diocleciano, no ya en Egipto, sino en Roma. ¡ Qué cuadro el de la deliberación del senado romano! Me dicen que está tomado de un discurso verdadero ó por lo menos de una *petición* de Simaco al emperador; pero lo que es admirable en ese canto de los *Mártires* es precisamente lo que no ha sido tomado de nadie, sino inventado, como el discurso de Eudoro en defensa de sus hermanos. »

« Á partir de este momento van creciendo el interés, la piedad y el terror á medida que aumenta la persecución. Es realmente el combate del infierno contra el cielo y ¡ qué verdad en cada rasgo de la pintura, en cada detalle del sufrimiento, en el interior de aquella prisión cristiana, en la comida libre de los que van á morir! En esto creo que el Sr. de Chateaubriand no imita nada á no ser nuestras desgracias, nuestros duelos, los mártires de

nuestros días, lo que nos ha enseñado el cadalso de nuestras familias. Esta constancia en presencia de los verdugos paganos, esta sangre derramada por Dios, esta profesión de fe voluntaria que asegura la muerte ¿ no representa la misma virtud de nuestros padres y de nuestros hermanos inmolados en la plaza pública por su Dios y por su Rey? « Al decir estas palabras la noble señora, había en su voz un acento de dolor y de vigor imposible de expresar. »

Al cabo de algunos momentos de silencio, y de emoción compartida por todos, pues nadie hubiera querido discutir un sentimiento tan verdadero, añadió con dulzura, como para distraerse á sí misma de su turbación : « No hablemos sino de arte y de poesía; pero, en este terreno, dejadnos admirar, con todo nuestro corazón el desenlace de los *Mártires*; lo censuráis porque es demasiado sencillo; lo atacáis á causa de su verdad misma. En lugar de Cimodocea, cándida y encantadora imagen de la mujer más á propósito para la abnegación que para el mando, hubiérais querido una Emilia cristiana que arrastrase á la religión por medio del amor y que impusiese el sacrificio en que ella tomaba parte. Eso no es entender bien el Evangelio : no se va al martirio seducido, se llega á él por la virtud de la gracia divina y siguiendo las huellas de la divina sangre. Sé muy bien que el Dante se describe á sí mismo como elevado hasta los cielos por el imán de las miradas de Beatriz; pero para hacer bajar al anfiteatro, para atraer al dolor y al martirio, ¿ no creéis que pueda representar el poder soberano una mirada de hombre, mirada animosa é inflamada por el genio y por el amor? Concedo que Clotilde haya convertido á Clodoveo; sólo se trataba de humanizar á un bárbaro y de hacerle conocer la piedad. Pero dejad á Eudoro que guíe á Cimodocea al circo sangriento. Por desgracia, no es demasiado tanto amor para armar á una débil mujer contra tal suma de dolores. »

He aquí los *Mártires* juzgados minuciosamente por gente de ingenio y por una mujer de corazón; puede uno aceptar como suyo este raro juicio y admirar sin reserva las dos terceras partes del libro : la otra tercera parte podemos devolvérsela al cielo ó al diablo.

En punto á historia, Chateaubriand sigue siendo polemista; no cuenta, sino que prueba y combate por el trono y el altar. El pasado le sirve de maza para aplastar al presente<sup>1</sup>. También en este terreno ha leído muchísimo y hace gala de gran erudición.

Su primera obra el *Ensayo histórico, político y moral sobre las Revoluciones antiguas y modernas* consideradas en sus relaciones con la

1. Á este mismo género pertenecen entre nosotros los escritos polícorreligiosos de Donoso Cortés, de Castelar, en sus famosas lecciones acerca de los cinco primeros siglos de la Iglesia, y de D. Alejandro Pidal. En todos ellos se nota, en mayor ó menor grado, la influencia de Chateaubriand. (N. del T.)

Revolución Francesa de nuestros días, ó sea examen de las siguientes cuestiones :

I. ¿Cuáles son las revoluciones ocurridas en los gobiernos de los hombres? ¿Cuál era entonces el estado de la sociedad y qué influencia ejercieron dichas revoluciones sobre la época en que estallaron y las sectas que las siguieron?

II. ¿Hay algunas, entre estas revoluciones, que, por el espíritu, las costumbres y las luces de la época, puedan compararse con la Revolución actual de Francia?

III. ¿Cuáles son las causas primitivas de esta última revolución y las que han dado lugar á su repentino desarrollo?

IV. ¿Cuál es hoy el gobierno de Francia? ¿Se halla fundado en principios verdaderos y puede subsistir?

V. Si subsiste, ¿cuál será su efecto sobre las naciones y sobre los demás gobiernos de Europa?

VI. Si es destruida, ¿cuáles serán las consecuencias para los pueblos contemporáneos y para la posteridad?

La obra fué editada en Londres en 1796 en tres volúmenes á veinte y cuatro chelines. Escrita con la impetuosidad irreflexiva de la juventud y en tristes días de miseria, es confusa, amarga, y á veces extraña por lo imprevisto de los paralelos. Compáranse las revoluciones y las naciones y esto da lugar á puntos de contacto verdaderamente extraños : Aníbal y Malborough, la Escitia y la Suiza : pobreza, felicidad, filosofía, corrupción; la Jonia de Homero y el Brabante; Milciades y Dumouriez; Mardonio y Cobourg, Pausanias y Pichegru. La historia de las ideas lleva al autor á hablar del clero de Europa, en particular del clero de España, que le hace pensar en unos monjes encontrados en las islas Azores; de allí vuela su imaginación hacia América, y el último capítulo es una prosopopeya lírica, *una noche entre los salvajes de América*.

*La Vida de Rancé* no nos seduce mucho por el tono divertido impropio de un asunto grave, por lo laborioso del estilo, por el rebuscamiento lleno de presunción, por las faltas contra el gusto á pesar de algunas hermosas páginas (la sociedad del siglo xvii, la fragilidad de los afectos, cartas de amor).

*Los Estudios Históricos* fueron escritos en 1831 en virtud de un contrato para poder vivir. Al frente de ellos declaraba :

No desearia, para lo que me resta de vida, volver á empezar los diez y ocho meses que acaban de transcurrir, abstraer mi espíritu diez, doce y quince horas por día para entregarme puerilmente á la composición de una obra de que nadie leerá una sola línea. ¿Quién leería cuatro gruesos volúmenes cuando cuesta bastante trabajo leer el folletín de un periódico? Me ocupaba en escribir la historia antigua, y la moderna estaba llamando á mi puerta. En

vano le gritaba : ¡ Espera ! ¡ Ya voy ! ¡ Pasaba ella al rumor de los cañones, arrastrando consigo á tres generaciones de reyes !

No se forjaba grandes ilusiones acerca de este libro y no se equivocaba : no le produjo mucho, á no ser el poder dar testimonio de su fidelidad á su causa :

He empezado mi carrera literaria con una obra en que consideraba al cristianismo desde todos los puntos de vista poéticos y morales ; la termino con una obra en que considero á la misma religión desde el punto de vista filosófico é histórico. He empezado mi carrera política con la Restauración y la acabo con ella. No dejo de experimentar una secreta satisfacción al hallarme tan consecuente conmigo mismo.

Dió pruebas de una erudición medioeval muy extensa. Reanima la edad media, frecuenta las escuelas históricas de Alemania y de Inglaterra, alienta la nueva escuela histórica francesa, compulsó á Fauriel, á Raynouard, *los Niebelungos*, *el Ulfilas*, *la Crónica* de Nestor, al P. Canciani, á Martingallus, á Adán de Brema, á Paertz, á du Tillet, á du Hailant, y al P. Daniel. Es un verdadero *cartista* que, de vez en cuando siente como arranques líricos, como soberbios movimientos oratorios :

Que en medio de la fiebre revolucionaria se hayan encontrado atroces sicofantas, hartos de sangre, como los inmundos insectos que pululan en los estercoleros; que hayan bailado en torno de la caldera en que hervían los miembros desgarrados de Francia unas brujas más sucias que las de Macbeth, ¡ pase ! ; pero que se encuentren hoy hombres, que en el seno de una sociedad apacible y ordenada se constituyan en melosos apologistas de esas brutales orgías, hombres que perfumen y coronen de flores el cubo donde caían las cabezas, ¡ he ahí lo que no comprendo !

Es un curso completo de historia, los romanos : Julio César, Augusto, Constantino, los bárbaros y sus costumbres, Atila (Etsel), los Nibelungos, Gunterio, Brunehilda, toda la historia de Francia hasta la Revolución, con estudios muy precisos de las lenguas teutónica, céltica, erza, sueva, y de los Eddas : filología, filosofía, erudición, todo se encuentra allí y contribuye á hacernos recorrer el camino de la Cruz, desde el Calvario hasta el cadalso de Luis XVI para establecer las tres verdades que constituyen el orden social : verdad religiosa, verdad filosófica, verdad política ó libertad, y para establecer que el hombre sigue una marcha progresiva; que está aun lejos de haber subido de nuevo á las sublimes alturas de donde cayó, según nos lo enseñan las tradiciones primitivas de los pueblos; pero no deja de subir la escarpada pendiente de este Sinaí desconocido en cuya cima volverá á ver á Dios.